

aparecido. El segundo: como ya sabemos, la narración se la reparten Felipe González y Tránsito Ruiz; pues bien: a Alape le faltó tino a la hora de adjudicar a cada uno una voz: por momentos, hablan igual. Lo que, por cierto, estaría relacionado con el tercer aspecto: no sólo hablan igual, sino que lo hacen con un lenguaje, en muchas ocasiones, excesivamente florido, cargado hasta el cansancio de adjetivos y figuras. Por ejemplo:

Habla Tránsito:

Hoy, tarde lluviosa que apacigua el espíritu, después de 35 años, sosegada por la tranquilidad interior de una vejez sin sobresaltos, revivo situaciones cruciales, difíciles de olvidar que, acumuladas en montones de hojarasca húmeda y descompuesta, intentaron enterrar para siempre el árbol de mi existencia. [pág. 13]



Habla Felipe:

Desbordamiento con el corazón en la mano y el precio del arrojo escondido en la piel a punto de salir a flote como viento envolvente, para sacarse el clavo caliente de los demonios enclaustrados en seres oxidados de por vida. [pág. 39]

Ahora que lo pienso, es ahí —en las voces (y en la capacidad narrativa de éstas)— que Alape tiende a fallar.

Mejor dicho, no es problema particular de este libro sino de toda su obra. Y sin embargo, por encima de este inconveniente, que no es menor, toda la creación de este autor sigue siendo sumamente interesante, sobre todo —reitero— por su carácter documental, fruto de la investigación. Ese carácter que le permite contar en cada una de sus obras —aún desde la ficción— la historia que la Historia no nos ha contado. Como en este caso, en *El cadáver insepulto*, el mejor de sus libros.

ANDRÉS ARIAS

Un escritor nacido en los libros

Álvaro Mutis, paraíso y exilio, figuras de un imaginario poético

Varios autores

Revista Anthropos núm. 202, Barcelona, 2004, 224 págs., il.

El número monográfico sobre Álvaro Mutis de la revista catalana Anthropos, se convierte en un documento básico para entender a este poeta bogotano nacido en 1923. Como coordinador de la publicación aparece el escritor Juan Gustavo Cobo Borda. Son más de dos centenares de páginas levantadas en una tipografía de 10 puntos que permiten condensar el ámbito de las suposiciones y de las aseveraciones sobre un poeta que percibe las monarquías durante su niñez en el colegio Saint Michel de Bruselas (Bélgica), y la creciente de los ríos del trópico en Coello, Tolima.

Se trata del trabajo de veintitrés autores de diversas nacionalidades que tienen diferentes niveles en el logro de la escritura. En ese repaso de países se encuentran ocho colombianos, cuatro argentinos, cuatro peruanos, tres mexicanos, un cubano, un italiano, un francés y un alemán. Va con esta variedad de críticos, una visión amplia que permite sacar al

poeta y al novelista Álvaro Mutis del patio casero, para colocarlo en la ventana de la aldea internacional.

Los editores, como siguiendo un consejo de Walter Benjamin, parten de una antología de autores clásicos y contemporáneos para ambientar como preámbulo los artículos que dan cuerpo a la revista. Se trata de textos que ayudan a crear una atmósfera de lectura, un encanto para saborear el juego de las palabras que remiten a la poesía de Mutis.



El primer texto seleccionado para el Editorial, "Un problema", es de J. L. Borges. El autor argentino, como si hiciera de oráculo de tragedia griega, lanza una pregunta que se soluciona con tres respuestas para saber cómo Cide Hamete Benengeli, de quien Cervantes hereda su caballero, descubre después de uno de sus muchos combates, que ha dado muerte a un hombre. "En este punto —dice el poeta porteño— cesa el fragmento; el problema es adivinar, o conjurar cómo reacciona Don Quijote". El texto no está expuesto al azar, remite a la concepción de creación que Mutis tiene en su invención estética de Maqroll el Gaviero. En el "Discurso en la recepción del Premio Miguel de Cervantes" que reproduce Anthropos, Álvaro Mutis dice: "Cuando vuelvo a recorrer las páginas de *El Quijote*, de las *Novelas ejemplares* —por las que confieso tener una predilección muy particular—, de los *Entremeses* —que

disfruto con gozo siempre intacto— y del *Persiles y Segismunda*—que sigue inquietándome como el primer día—, me intriga, y así será hasta el fin de mis días, que este hombre que he llegado a querer con afecto que me atrevo a llamar familiar, haya logrado una obra en donde el genio está presente en cada línea para mostrar, con lúcida evidencia, nuestro precario paso sobre la tierra” (pág. 70). Después, el remate del discurso va hacia un soneto de Borges, “Un soldado de Urbina”, que como dice el homenajeado por el Premio, es el retrato absoluto de don Miguel.

La selección de textos del Editorial se convierte en mar de agua fresca, aunque la escritura tenga la densidad que el estilo necesita para crear atmósferas literarias. Se trata, por lo general, de fragmentos de escritos más extensos, de poemas o vivencias que dejan un soporte sobre el cual el lector puede nadar, sumergirse y encontrar esas corrientes subterráneas en las cuales el escritor colombiano hizo su nado en el pasado o en el presente para aprender el estilo, eso que Cervantes decía es el hombre. Los escritores invitados son diversos y con diferentes temperaturas, casi siempre nostálgicas como las lecturas que se adhieren a la piel durante la infancia y la juventud. Aparecen, entre otros, Rubén Darío con *Azul*, Charles Dickens con *Oliver Twist*, Dostoievski con *El idiota*, Luis Cernuda con “Díptico español”, José Asunción Silva con “Midnight Dreams”, Pablo Neruda con “El desenterrado”, Gastón Baquero con “Himno y escena del poeta en las calles de La Habana”, Álvaro Cunqueiro con *Merlín y familia*, Valéry Larbaud con *Amantes, felices amantes...*

“Contexto literario y estético de América Latina en la historia contemporánea”, de José Ángel Valente que aparece en la convocatoria de citas del Editorial, establece: “El poeta no escribe en principio para nadie y escribe de hecho para una inmensa mayoría, de la cual es el primero en formar parte. Porque a quien en primer lugar tal conoci-

miento se comunica es al poeta en el acto mismo de la creación” (pág. 14). Este texto, páginas más adelante se amplía con un comentario de Pierre Macherey que conduce a la necesidad de sugerir lecturas. El mencionado tema se liga al ya antiguo problema de la creación: “Se parte del hecho que ‘el acto creador’ se expresa ‘en la totalidad pura de la obra’. Pero lo importante es entender que dicha relación no es otra cosa que una ‘producción histórica’. Lo cual viene a indicar la existencia de una trama en el texto y en su escritura. Ambas dimensiones —la literaria y la filosofía— ‘forman una red diferenciada [...] bosquejando configuraciones de sentidos singulares, enigmáticos, híbridos’. El descubrimiento de estas tramas en el texto literario pone de relieve su ‘constitución plural’, lo cual dificulta definir completamente y para siempre ‘la relación de lo poético o narrativo con lo racional’... Todo ello nos recuerda la posibilidad de imaginar múltiples lecturas de un texto literario. Precisamente de lo que se trata al establecer una relación entre literatura y filosofía es de ‘sugerir lecturas’” (pág. 34).



La propuesta para un mejor acercamiento al autor de *Los elementos del desastre* está en poder construir esa red de autores que en el poeta bogotano ha gustado y cuya presen-

cia para el lector se hace más necesaria debido a que, como lo sugiere Mutis, su vida ha estado ligada a la literatura. Álvaro Mutis es lectura y escritura y son estas dos coordenadas las que llevan a plantear a la revista que a la obra en estudio se puede llegar si se entiende que toda literatura tiene el derecho “a ser pensada por ella misma”. El Editorial de Anthropos, que no tiene nombre propio, pues se supone es la opinión institucional, parece, por sus comentarios, que ha sido escrito por alguien que tiene un preciso conocimiento de lo colombiano. Se recurre a artículos publicados en la revista Conversaciones desde La Soledad, que en el barrio del mismo nombre en Bogotá dirige Santiago Mutis Durán. Se da remisión a textos de otros dos colombianos sobre Mutis que precisan el principio de la escritura y ello sólo se puede entender por quienes aprendieron a ver lo que, como dice Mutis, “más que trópico, en Colombia llamamos tierra caliente” (pág. 77). No se trata de nacionalismo, sino de saber husmear ese rincón del mundo que dice: “tú eres yo y yo soy tú”. Estas apreciaciones de paraíso y exilio que vivió el autor se extienden en *El reino que estaba para mí* de Fernando Quiroz y *Celebraciones y otros Fantasmás* de Eduardo García Aguilar y ahí, por lo mismo, el último de los autores mencionados, precisa: “la literatura no es más que arreglo de cuentas con la infancia” (pág. 57).

Percepción intelectual de la crítica

A partir de la página 60 se crea una sección de colaboradores con textos que explican de Mutis ese sentido biográfico que nace en él como lector y escritor. Cada página de libro que abría lo colocaba en su existencia intelectual en un nuevo día con sol, aurora, cenit y ocaso propios: “Yo fui un lector devorante —lo he dicho mil veces—; leí desde muy joven, desde los siete u ocho años recuerdo muy bien lo que leía, y siempre leía en desproporción con mi edad, porque los libros que estaban a mi alcance eran los libros que había dejado mi padre o que eran de

mi madre, y que no tenían desde luego la condición de libros infantiles" (pág. 62). Este hecho personal se halla ligado a una constante que se va a encontrar en los escritores latinoamericanos que cronológicamente ubican su creación un poco antes de la mitad del siglo xx como "Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Lezama Lima, García Márquez, Vargas Llosa, Julio Cortázar, Augusto Roa Bastos y José María Arguedas —la lista podría ampliarse— introdujeron teorías de lectura y comprensión para explicar no sólo su propia obra, sino también la de sus antecesores y sus contemporáneos" (pág. 40).



La percepción que realiza Mutis de su escritura no apunta sino a un constante recorrido por su propia vida y que le suministra el sentido de lo interno que se recepciona a través de las letras. Frente al otro, al mundo externo que corre por fuera de los libros, lo mira con distancia. No es que su vivencia en ese espacio haya sido propiamente un fracaso, comenta el poeta bogotano, pero de igual modo no se puede entender como el lugar de los sucesos brillantes que merecen ser recordados. Los textos propios de Mutis o los que veintitrés autores hacen sobre él en *Anthropos*, indican como corolario que la lectura era una forma eficaz de escapar del mundo que siempre

consideró "completamente imbecil" y de modo particular el del bachillerato en el Colegio del Rosario en Bogotá.

De nuevo queda claro que la relación de todo autor con la escritura parte de ese sentido de la obsesión por las letras. Es por ello que Rosita Jaramillo, quien publica su conversación con Mutis en la Revista que se reseña, ha escrito: "Aunque pienso que el creador de Maqroll el Gaviero jamás lo aceptaría, digo que su mirada tiene mucho de nietzscheano, del joven Nietzsche que pensaba la vida con categorías estéticas, ese que debía recurrir al lenguaje del mito o de la alegoría, para sugerir una realidad insondable que se revela tan sólo a los artistas" (pág. 60).

La entrevista que realiza la mexicana Claudia Posadas singulariza el estado de movilidad y quietud en el adentro y el afuera de Mutis. Pone de manifiesto los paraísos perdidos por donde viajan sus personajes, pero él permanece inmóvil. La corriente sin límites que nace con sus poemas, se desplaza con el ímpetu de las aguas crecidas, pero en el desborde lo catastrófico anuncia que no existe salida. "Al leer historia, ¿qué es lo que se lee?", se pregunta el poeta colombiano. La respuesta tiene como eje la desilusión, ese constante naufragio, esas brutalidades que remontan más allá del presente, y remiten a los momentos de la Europa occidental cristiana que no son otra cosa que "un salvajismo aterrador". La periodista mexicana rodea la simbología de Mutis para que diga: "El viaje es una idea", para agregar casi de inmediato: "Me gusta desplazarme para ir viendo qué sucede dentro de uno mismo" (pág. 75).

Santiago Mutis, comentado por el editorialista y quien ha dedicado mucha parte de su trabajo al estudio y difusión de la obra de Álvaro Mutis, en la llamada Semana de autor que fue dedicada al poeta bogotano, tuvo a bien apuntalar en su presentación de entonces la siguiente tesis: "Con las primeras palabras escritas de Álvaro Mutis, se inaugura un territorio sin nombre, fértil, luminoso, listo para recibir al hom-

bre y sus múltiples muertes: la frontera entre poesía y prosa, y un territorio que se ensancha para dar cabida a las imágenes de un mundo tan reciente que para nombrarlo había que señalarlo con el dedo" (pág. 47).

El mismo Mutis otorga claves que permiten entender sus procesos creativos. Darío Jaramillo Agudelo las resume en tres. La primera es Pablo Neruda. La segunda una separata de la Revista Universidad de Antioquia publicada en febrero de 1944, en la que leyó "Los poetas surrealistas", que había preparado el poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade. La tercera la traducción que Jorge Zalamea hiciera de los poemas de Saint-John Perse, particularmente de los *Elogios*. Ahí está el principio de la nada que antecede el principio de la creación. Después, ese renacer se mantiene, se vuelve inmodificable en su permanente novedad donde los territorios creativos se multiplican hasta quedar itinerantes en la intensidad de la poética y la narrativa de un autor como Álvaro Mutis que ha propuesto una nueva lectura del mundo a partir de la tierra caliente, de un punto muy específico de la geografía que le correspondió vivir fugazmente en su niñez.

ÁLVARO MIRANDA

La discoteca cerca de la iglesia

Otto, el vendedor de música

Mauricio Botero Montoya

La Serpiente Emplumada, Bogotá, 2003, 182 págs.

La música ha sido referencia obligada de ciertas obras literarias que se valen de ella para caracterizar a los personajes, para recrear un ambiente, o como modelo de formas, ritmos, voces, logrando una expresión más sugestiva, intensa y audaz. Basta citar *La consagración de la primavera*